



## Amor y Rabia en una Novela de Gabriel García Márquez

*Bienvenido Morros*

*Universidad Autónoma de Barcelona*

### Resumen

En el presente trabajo analizo los procedimientos que llevan hacia un desvío de las reglas del género en *Crónica de una muerte anunciada*. El relato participa de la retórica del policial y de las crónicas de sucesos, cuyas características constitutivas sufren un trastorno que apunta por un lado a indagar las posibilidades de la identidad y por el otro a presentar la precariedad de la imposición del sentido por parte de los discursos periodísticos.

**Palabras clave:** Narrativa policial, crónica de sucesos, verosimilitud, estereotipo, casualidad.

## Love and Anger in a Novel by Gabriel García Márquez

### Abstract

In this paper we analyze those processes which lead to a deviation of the rules of genre in *Chronicle of a Death Foretold* (*Crónica de una muerte anunciada*). Narrative takes part in police rhetorics and in the chronicles of the events, whose constitutive characteristics suffer a disruption which allows, on the one hand, for the investigation of the possibilities of identity and, on the other, for the presentation of the scarcity of the imposition of sense on the part of journalistic discourse.

**Key words:** Police-style narrative, chronicle of events, verisimilitude, stereotype, chance.

La *aegritudo amoris* (el amor como enfermedad) y la rabia tendieron a confundirse desde la cultura bizantina, no sólo por los síntomas, sino también por sus terapias. En uno de los manuales más conocidos de la medicina árabe medieval, dividido en veinticinco libros, el *Liber continens in medicina*, su autor Razis, que vivió entre el siglo IX y el X, menciona una serie de síntomas, entre los enfermos de amor (los llama *coturub*), que en una primera lectura pueden resultar algo desconcertantes:

De morbo qui appellatus coturub. Patientes morbus qui appellatur coturub incedunt amentes per sepulturas mortuorum et hic morbus est in capite et eorum facies apparet immuta et visus debilis et oculi sicci et concavi et non lacrimantur et eorum lingua est sicca et a parenti in ea pustule et totum corpus sicum et durum et multum sitium et impossibile est quod convalescant ex hoc morbo per prava accidentia que concomitant ipsum et mesti iacent supra eorum faciem et vident in eorum facie et dorso vel tibiis quasi quedam maneries pulveris et morsus canis. Et hoc accidit ex melancholia et ambulat de nocte tan quam lupi et desiccantur eorum lingue. Hec species esse de ursues, id est birsem melancholica.

(‘De la enfermedad que es llamada coturub. Los pacientes de la enfermedad que se ha llamado coturub merodean las sepulturas de los muertos, y esta enfermedad se localiza en la cabeza y aparece en la cara de todos ellos una mirada débil e inmutable y ojos secos y cóncavos y no derraman lágrimas y su lengua es seca y en ella se descubren pústulas y todo el cuerpo está seco y duro y padecen mucha sed, y es imposible que mejoren de esta enfermedad por los síntomas malos que la acompañan, y están tumbados tristes boca abajo y se ven en su caras y espaldas o tibias como clases de polvo y de mordeduras de perro. Y esto sucede por melancolía y deambulan de noche como lobos y se les seca la lengua. Esta es una especie de melancolía ursues, esto es birsem’)<sup>1</sup>.

Razis, sin duda, está describiendo las señales de la licantrópía, a menudo confundidas con las de la rabia. No de otra manera deben interpretarse las marcas semejantes a mordiscos de perros entre los síntomas de ese tipo de melancolía: sin duda el médico árabe debió ver a un paciente con fuertes convulsiones y actitud violenta, producto de la mordedura de un perro, y lo incluyó dentro de esa categoría tan especial

1 Rhazis 1486: 224. El pasaje ya lo había aducido para presentar el mismo tema en Lope de Vega y la poesía española del siglo XV: véase B. Morros 1998: 209 Y 2001: 234-235, n. 73.

como es el de los melancólicos adustos.

En esa dirección, un médico un tanto posterior, del siglo XIII, Arnaldo de Vilanova, en su *De parte operativa*, había distinguido cinco tipos de alienación, entre las que incluye la *mania*, que caracteriza, para diferenciarla de la cólera más pura y más violenta, con unos síntomas muy cercanos a los de la rabia y también a los de la posesión demoníaca:

Signa distinctiva maniae de pura cholera adusta, rixa et clamor et inquietudo, seu mobilitas impetuosa, seu vulpina calliditas, et ferocitas leonina, et agilitas corporis, et caetera significantia choleram. Si vero commisceatur ei melancolía intensa, mores erunt lupini et valde dolosi, sicut mores rabidi canis, et furia eius cum ira dolosa et maliciosa, ut daemoniaci tales dicantur, et breviter ab illa re denominantur, quam imitantur in moribus vel in actibus. Proinde aliqua dicitur canina, aliqua lupina, aliqua daemoniaca, et quando enim tantam habent malitiam et omnem tantam habeant perversitatem, ut varia loquantur idioma, merito daemoniaca dicitur.

(‘Los síntomas que distinguen la manía de la cólera pura caliente son la riña, el

griterío, la inquietud, o la movilidad impetuosa, la sutileza vulpina, y la ferocidad leonina, y la agilidad del cuerpo, y otras que significan la cólera. Pero si mezclas ésta (la cólera) con la melancolía intensa, tendrás costumbres lupinas y muy engañosas, así como las costumbres de los perros rabiosos, y la furia de éstos con la ira engañosa y maliciosa, de suerte que a ellos se les llama demoníacos, y brevemente son llamados por aquella cosa que imitan en las costumbres y en las acciones. Así que una se denomina canina, otra lupina, otra demoníaca, y cuando tienen tanta malicia y tanta perversidad, que hablan varios idiomas, con razón se llama demoníaca’)<sup>2</sup>.

En una novela del último tercio del siglo XX (se publicó en 1980 con el título *Il nome della rosa*), la primera de su autor, Umberto Eco reconstruye el ambiente cultural de la Italia en que sitúa la acción de la obra (es el año 1327). Hace que el personaje que narra la historia, Adso de Melk, viva una experiencia amorosa, la única de toda su vida, que querrá interpretar según las ideas médicas vigentes en la época. La noche del tercer día que ha pasado en un monasterio benedictino del

- 2 Vilanova 1520: 128. En su *Anatomía de la melancolía* (1632), Robert Burton incluía como último tipo de melancolía “la obsesión demoníaca” o “posesión demoníaca”, y mencionaba las “cosas maravillosas” que se decían de los poseídos: “de sus acciones, gestos, contorsiones, ayunos, profecías, de su capacidad de hablar de lenguas que nunca se les había enseñado” (1997: 143).

norte de Italia, acompañando a su maestro, el franciscano Guillermo de Baskerville, es seducido por una muchacha que vendía sus favores sexuales al cillerero de la abadía a cambio de comida. La escena de amor tiene lugar en la cocina, a donde Adso ha llegado tras un recorrido en solitario por la biblioteca que encierra el enigma de los crímenes sucedidos hasta entonces en el monasterio. Cuando a la noche siguiente vuelve a la biblioteca, esta vez guiado por su maestro, se detiene en una habitación que contenía un gran cantidad de obras en árabe, y mientras Guillermo buscaba en ellas la clave de todos esos asesinatos, el muchacho centra su atención en los libros de medicina, tanto de autores cristianos como de infieles, para comprobar en qué consiste el nuevo sentimiento que se ha apoderado de él. Junto a otros volúmenes sobre el tema halla el *Liber continens* de Razis, en que lee aterrado los síntomas de su enfermedad:

Perché mi caldero sotto gli occhi le linee attribuite a Abu Bakr-Muhammad Ibn Zaka-riyya ar-Razi, che in un Liber continens identifica la melanconia amorosa con la licantrópia, che spinge chi ne è colpito a comportarsi come un lupo. La sua descrizione mi serrò la gola: dapprima gli amanti appaiono mutati nel loro aspetto esteriore, la loro vista si indebolisce, gli occhi diventano cavi e senza lacrime, la lingua lentamente si essicca e

su di essa appaiono delle pustole, tutto il corpo è secco e soffrono continuamente la sete; a questo punto trascorrono la loro giornata sdraiati a faccia in giù, sul viso e sulle tibie appaiono segni simili a morsi di cane, e infine di notte vagano per i cimiteri come lupi (pp. 326-327).

Aunque nada dice al respecto, hay que entender que nuestro narrador debe de leer esa obra en la versión latina del hebreo Faraj Ibn Salim (1280), porque un poco antes ha confundido los alfabetos griego y árabe, en una clara prueba de su desconocimiento de esas dos lenguas. No sabemos si Humberto Eco se tomó la molestia de consultar el *Liber continens* en esa versión, o si optó por el uso de otro tipo de fuentes, por supuesto mucho menos directas. La cita de Razis aparece en pie de igualdad con otras citas y referencias a la enfermedad de amor, y es en ese sentido que, tomándolas en su conjunto, resulta posible filiar la procedencia de esas páginas de la novela italiana. Porque Eco, aparte de a Razis, aduce, y por este orden, a Máximo de Bolonia, Ibn Hazm de Córdoba, Basilio de Ancira, santa Hildegarda, Avicena y Arnaldo de Vilanova. Todos esos autores, a excepción del primero, los encontró citados, con los mismos comentarios que introduce él, en una obra que inauguró una nueva disciplina en los estudios literarios. Se trata del libro de Máximo Ciavoletta titulado *La*

'malattia d'amore' dall' *Antichità al Medioevo* y que sólo había aparecido cuatro años antes que *Il nome della rosa*. Ciavoletta se refiere a santa Hildegarda y a Basilio de An-cira en el primer capítulo de su monografía, y al resto en el segundo, dedicado especialmente a los médicos medievales, donde destaca a Razis, Avicena y Arnaldo de Vilanova. Del primero menciona su obra sobre la materia, el *Liber continens*, de cuyo pasaje en cuestión, con el que abríamos este trabajo, ofrece una glosa amplia pero a la vez bastante literal:

Rhazes si stacca nettamente dai medici che lo precedettero, e nella sua opera intitolata *Al-Hawi* (*Liber Cantinens*) egli identifica la malattia d'amore con la più acuta forma di malinconia, la terribile licantropia, una specie di follia che spinge chi ne è colpito a comportarsi come un lupo, e che nella traduzione latina prende il nome di *coturub* (l'arabo *qutrub*). L'amore non è più solo una forza tragica, ma una follia orripilante capace di distruggere l'essere umano. Rhazes indica puntualmente i vari stadi della malattia; dapprima gli amanti appaiono mutati nel loro aspetto esteriore: la loro vista si indebolisce, gli occhi diventano cavi, senza lacrime. La loro lingua lentamente si essica e su di essa appaiono delle pustule. Tutto il loro corpo è secco, ed essi soffrono continuamente di sete. Se la malattia non viene frenata in tempo essi cadono preda di una specie di malinconia conosciuta col nome di *usues* o anche *birsem*

malinconia. Riprendendo un sintomo della malinconia da Rufo d'Efeso, Rhazes afferma che a questo punto gli amanti trascorrono le loro giornate sdraiati a faccia in giù ("et mesti iacent supra eorum faciem»), che per Rufo significava che essi erano depressi, cioè *rw'rfc*. Sul loro viso, sul dorso e sulle tibie appaiono dei segni simili a morsi di cane, ed infine di notte essi vagano per i cimiteri come lupi (55-56).

Antes de ofrecer los detalles de la enfermedad, Eco la presenta con una definición muy similar a la de Ciavoletta, aunque, por supuesto, un tanto simplificada, pero en la que afloran coincidencias totalmente literales. Por lo que respecta a los síntomas, parece obvio que el semiólogo italiano no ha leído la versión latina de la obra de Razis, sino el resumen de Ciavoletta. El orden que sigue el médico árabe en la versión latina varía bastante del que adopta el filólogo italiano, y Eco se atiene al de su compatriota, cuando por ejemplo cierra la lista de síntomas con la mención de 'señales' similares a las mordeduras de perro y con la referencia a la licantropía. En ese final se aprecian claramente las deudas de Eco para con Ciavoletta: alude a unas 'señales', cuando en el original no aparece para nada esa palabra, y precisa el lugar donde los enfermos experimentan semejante transformación, cuando el original tampoco introduce ninguna precisión al respecto.

En la novela de Eco, sin embargo, el amor es un tema secundario: solo lo experimenta el protagonista, Adso, y le obsesiona sólo los primeros días tras su consumación con la muchacha de quien no llega a saber ni el nombre y a quien acabarán condenando a la hoguera por bruja. Pero por más que piense en ella, que llega a hacerlo varias veces, Adso no parece enfermar ni se siente víctima de síntomas relacionados con la rabia. Poco o nada en ese sentido.

Catorce años después de la primera novela de Eco aparece otra de tema muy distinto pero que desarrolla, no sabemos si consciente o inconscientemente, la idea implícita en la obra de Rasis y la más explícita en la de Vilanova, en que su autor confunde la melancolía, la más intensa, con la rabia y la posesión demoníaca. Es la novela de un autor prolífico y premio noble de literatura en 1982. Me estoy refiriendo a *Del amor y otros demonios* (1994), de Gabriel García Márquez, en que el amor y la rabia se presentan como enfermedades muy afines.

El novelista colombiano sitúa la obra en su país natal, en la Colombia de la época colonial, de finales del siglo XVIII<sup>3</sup>. En la novela la protagonista es una niña de doce años que ha sido criada entre los indígenas por la

desidia de unos padres que siempre se odiaron y que muy pocas veces la amaron. El padre, don Ignacio de Alfaro y Dueñas, segundo marqués de Casalduero, había perdido la virginidad a los cincuenta y dos años con la madre de la niña. Antes, a los veinte, había tenido que renunciar al amor con una reclusa de un manicomio colindante, llamada Dulce Olivia. Al poco tiempo, hubo de casarse, por imposición testamentaria, con “una heredera de un grande de España” (p. 52), doña Olalla de Mendoza, a quien “mantuvo virgen para no concederle la gracia de un hijo” (p. 52) y de quien enviudó al caer ella fulminada y carbonizada por un rayo. Volvió a casarse, pero esta vez con una plebeya, Bernarda Cabrera, después de dejarla embarazada y de recibir la visita del padre con un arcabuz.

La madre de nuestra protagonista, Bernarda Cabrera, era la hija de un comerciante “venido a más” en el negocio “de ultramarinos” (p. 57). Fue precisamente su padre quien tramó todos los engaños para casarla con don Ignacio: ella, en una de sus muchas visitas a la casa del marqués, lo había violado, después de leerle la mano, y, en posteriores visitas, se había dejado embarazar para así “atraparlo de por vida” (p. 192). Sin embargo, dejó sin eje-

3 Véase a ese respecto Joret 2004: 26.

cución “el último acto acordado con su padre, que era echarle un chorro de láudano en la sopa para no tener que sufrirlo” (p. 192). A pesar de semejante demostración de piedad, nunca llegó a sentir amor por su marido, como tampoco lo sintió por su hija, a quien hizo responsable de la trampa que se había tendido a sí misma. Por eso entregó la niña nada más nacer a una de sus esclavas, Dominga de Adviento, para que la criara, pero sobre todo para evitar la tentación de atentar contra su vida. Sin embargo, tras la muerte de la esclava, ocurrida al cabo de unos cuantos años, hubo de acogerla en su casa, de donde la expulsó enseguida para devolverla a las esclavas africanas, por el terror que le inspiraba su hija, en quien por entonces creyó descubrir “una cierta condición fantasmal” (p. 62). Bernarda, sin hija y con un marido que vegetaba por la casa, reestableció la fortuna del marqués, traficando con esclavos y con harina. Se enamoró, además, de un esclavo, que era una especie de saltimbanqui circense, llamado Judas Iscariote, a quien compró para convertirlo en su amante. Por culpa de él, se inició en el consumo del cacao, que la hizo “hinchada y fea”, y abandonó los negocios, por lo que se arruinó completamente. No llegó a superar la muerte de su amante, sobrevenida en una pelea con tres galeotes, y

“buscándolo en otros se había entregado a la fornicación sin freno con los esclavos del trapiche” (p. 193).

Sierva María, pues, había crecido entre los esclavos de su padre, de quienes aprendió sus lenguas y costumbres. El día de su duodécimo aniversario, un siete de diciembre de no se sabe qué año, fue mordida por un perro que tenía la rabia, pero la criada que la acompañaba en ese momento, una mulata llamada Caridad del Cobre, no se alarmó porque comprobó en seguida que la herida “apenas si alcanzaba a notársele en el tobillo izquierdo” (p. 15): la sirvienta se la curó con “limón y azufre y le lavó la mancha de sangre de los pollerines” (p. 15). Por eso no dijo nada a la madre hasta el tercer día, y se lo dijo entonces “casi por descuido” (p. 20). Bernarda, como cabía esperar, tampoco se preocupó demasiado: tanto es así que se olvidó del asunto hasta la noche siguiente, en que, con la palmatoria en la mano, hizo una visita a su hija, a quien examinó de arriba abajo hasta hallar las señales del mordisco: “un desgarrón en el tobillo izquierdo... calcañal” (p. 21).

Por su parte, el marqués recibió la noticia —ya transcurrido un mes, esto es, a principios de Enero— por boca de Sagunta, una india andariega, con “la mala fama de ser remiendavirgos y abortera”, quien se había presentado en la casa para anunciarle la amenaza



inminente de una peste de mal de rabia, de la que su hija era una de las víctimas. Don Ygnacio no concedió demasiado crédito al relato de Sagunta; pero, en primer lugar, se lo preguntó a la propia Sierva María, quien lo negó, y después a Bernarda, quien se lo confirmó, sin ningún síntoma de alarma, porque, desde el suceso ya había transcurrido mucho tiempo y la niña estaba como una flor. A partir de entonces, el marqués –venciendo la desidia de los últimos años– se propuso dar un sentido a su vida: el desvelo por la salud de su hija, en la convicción –falsa o verdadera– de que la amaba. Así, decidió empezar las primeras diligencias sobre el caso, visitando en el hospital de leprosos –en el pabellón de “furiosos”– a un viejo mulato mordido por el mismo perro que había mordido a Sierva María:

Estaba ya paralizado de medio cuerpo, pero la rabia le había infundido tanta fuerza en la otra mitad, que debieron amarrarlo para que no se despedazara contra las paredes (p. 27).

De regreso a la ciudad, el marqués se detuvo para recoger al licen-

ciado Abrenuncio de Sa Perereira Cao, a quien se le acaba de morir el caballo intentando subir la cuesta del camino; el médico, por más señas, había sido alumno “esclarecido del licenciado Juan Méndez Nieto, otro judío portugués emigrado al Caribe por la persecución en España” (p. 29) y especialmente conocido por sus *Discursos medicinales*<sup>4</sup>. El marqués acompañó a Abrenuncio hasta su casa y ordenó a su cochero mandarle el mejor caballo de su establo, además de enterrar el muerto en tierra sagrada, tal y como había deseado el licenciado; y, desde entonces, asumió tomar las riendas de la casa, devolviendo a la niña al dormitorio de su abuela la marquesa, asignando como responsable de su hija a la mulata –Caridad del Cobre– que la había acompañado cuando le mordió el perro.

Al día siguiente, el marqués decidió visitar a Abrenuncio, a quien pidió una exploración clínica de su hija, de la que se desentendió la madre por la mala reputación del médico. Después del examen, al que Sierva María se sometió sin rechistar,

4 Juan Méndez Nieto llegó a Cartagena de Indias en 1575 y allí murió, ya anciano, a principios del siglo XVII. Se enemistó con sus colegas por los criterios médicos, basados en el empirismo, en los que siempre se distinguió de ellos (véase Luis S. Granjel 1989: xxiii-xxvii). Parece un tanto anacrónico presentarlo como maestro de un médico de finales del siglo XVIII, aunque García Márquez ha atribuido al discípulo, personaje de ficción, las peculiaridades del maestro histórico, entre cuyos *Discursos medicinales* no aparece mencionado ningún tratamiento para la rabia.



Abrenuncio llegó a la conclusión de que la niña sabía que el perro tenía la rabia y habló de la enfermedad —sin dulcificar ninguno de sus síntomas—, recordando a un paciente suyo que había muerto cinco años después del contagio, sin saber si durante todo ese tiempo había sufrido otro que pasó inadvertido. Con respecto a Sierva María, creía que no había contraído la rabia, primero porque nadie la vio sangrar y segundo porque el mordisco —además de superficial— aparecía en el tobillo, una zona del cuerpo muy alejada del cerebro.

A mediados de marzo, la niña seguía gozando de una excelente salud, y el padre —agradecido a la fortuna— se propuso conquistar el corazón de su hija consagrándole todo el tiempo; pero, a pesar del tratamiento de felicidad aplicado por el marqués, en abril, mostró los primeros síntomas de la enfermedad (Caridad del Cobre lo había anunciado con una exclamación contundente: “Mi pobre niña, señor, ya se está volviendo perro”; p. 69). Tras otro minucioso examen, Abrenuncio comprobó la existencia de fiebre en la niña, a la que —por haber sido mordido por un perro, con rabia o no— no consideraba inmune a cualquier enfermedad: confesó que la ciencia no le había dado más medios para combatir el mal y, a falta de otros recursos, recomendó al marqués en-

comendarse a Dios. Don Ygnacio, sin embargo, no se resignaba a dejar a su hija a la voluntad de Dios y buscó a otros médicos y curanderos en cuyas manos puso a su hija:

Un joven médico de Salamanca le abrió a Sierva María la herida sellada y le puso unas cataplasmas cáusticas para extraer los humores rancios. Otro intentó lo mismo con sanguijuelas en la espalda. Un barbero sangrador la lavó la herida con la orina de ella misma y otro se la hizo beber (p. 71).

A pesar de ceder la fiebre y de las torturas a que había sido sometida, Sierva María no mejoró; y, a cambio, empezó a dar claros síntomas de la enfermedad:

tenía una úlcera de fuego en el tobillo, la piel escaldada por sinapismos y vejigatorios, y el estómago en carne viva. Había pasado por todo: vértigos, convulsiones, espasmos, delirios, solturas de vientre y de vejiga, y se revolcaba por los suelos aullando de dolor y furia. Hasta los curanderos más audaces la abandonaron a su suerte, convencidos de que estaba loca, o poseída por los demonios” (p. 71).

Ante tal espectáculo, Sagunta encomendó a la niña a san Huberto, patrono de los cazadores y sanador de los enfermos de rabia, y se embadurnó con unturas de indios para restregar su cuerpo desnudo con el de Sierva María igualmente desnuda.

Alarmado por las dimensiones del caso, el Obispo, don Toribio de Cáceres y Virtudes, mandó llamar al marqués, quien, sobrepuesto por la convocatoria, acudió el mismo día sin anunciarse; don Toribio interpretó la conducta de Sierva María como propia de una posesión demoníaca: “Es un secreto a gritos que tu pobre niña rueda por los suelos presa de convulsiones obscenas y ladrando en jerga de idólatras” (p. 77); y, al sacudir una campanilla, apareció el padre Cayetano Delaura, un sacerdote de unos treinta años muy bien llevados, quien aclaró que el último apellido del primer médico que había atendido a la niña significaba perro en la lengua portuguesa: “Abrenuncio de Sa Pereira Cao”. Al final de la conversación, el Obispo sugirió el ingreso de Sierva María en el convento de Santa Clara para salvar su alma; el marqués, resignado, emprendió la vuelta a su casa, donde al día siguiente –Domingo de Ramos– puso a la niña un vestido de gala que había pertenecido a su madre cuando niña y la llevó al monasterio de las clarisas, cuyo edificio –de tres pisos– se levantaba sobre el muladar de una playa. Al ser instigada por unas novicias mientras esperaba su destino, Sierva María, a los noventa y tres días de ser mordida por el perro, mordió a una de ellas; y, tras haber transcurrido bastante tiempo, fue recibida por la

abadesa, Josefa Miranda, quien con muchas precauciones mandó llevar a la niña de doce años a la última celda del pabellón de la cárcel. La presencia de Sierva María en el convento produjo una alteración que las monjas atribuyeron a intervención del diablo: “corrió el rumor que los cerdos estaban envenenados, que las aguas causaban visiones premonitorias...” (p. 97).

El obispo había delegado en Cayetano Delaura –bibliotecario y pertinaz lector– la misión de exorcizar a Sierva María, a quien éste visitó por primera vez con el hábito de lana cruda, el acetre del agua bendita y un estuche con los óleos sacramentales: la celda de la niña –atada de pies y manos con correas de cuero– exhalaba un vaho de podredumbre, generado por ella misma; don Cayetano, sorteando las inmundicias del piso, asperjó el habitáculo con el hisopo del agua bendita y luego sometió a la niña a un examen más propio de un médico que de un sacerdote: “Ungió las heridas con bálsamos y alivió con soplos suaves el escozor de la carne viva, admirado de la resistencia de la niña al dolor” (p. 115). El joven sacerdote empezó a obsesionarse por la niña y dejó de reunirse con sus amigos, clérigos y laicos, con quienes organizaba torneos escolásticos, para consagrarse a la lectura de libros que le permitirían entender las marrullerías del de-

monio. Al cabo de cinco días, volvió a visitar a Sierva María, en cuya celda se hacía difícil respirar por los restos de comidas y excrementos regados por el suelo; se atrevió a liberarle de las correas para dar descanso al cuerpo estragado y, a cambio, recibió el ataque de la niña, quien pudo ser sometida con la ayuda de la guardiana. Don Cayetano entró en casa del obispado con la cara arañada y un mordisco en la mano, mostrando sus heridas como trofeos de guerra y burlándose del riesgo de contraer la rabia. El médico del Obispo se ocupó de curar las heridas del sacerdote, mientras Sierva María empezaba a congeniar con Martina Laborde, conocida como la vulnerable por haber matado a dos compañeras suyas con un cuchillo de destazar. Delaura se presentó por tercera vez en la celda de la niña con una canastilla de dulces, de los cuales le ofreció una almojábana, que la niña escupió por saberle a “mierda de gollondrina”; Sierva María, sin embargo, facilitó su curación y prestó atención a las heridas del sacerdote, preguntándole quién se las había causado; don Cayetano contestó que le había mordido “una perrita rabiosa con una cola de más de un metro”, en clara alusión a ella; y, en lugar de contestar a una observación suya con los evangelios, lo hizo recitando a Garcilaso, en la convicción “de que algo inmenso e irrepa-

rable había empezado a ocurrir en su vida” (p. 121).

Después de cumplir con sus obligaciones para con el Obispo, Delaura se retiró a la biblioteca “pensando en ella, y cuanto más pensaba más le crecían las ansias de pensar” (p. ); y, enardecido por un nuevo sentimiento que había sacudido su alma, recitó en voz alta los sonetos de amor de Garcilaso, “asustado por la sospecha de que en cada verso había una premonición cifrada que tenía algo que ver con su vida” (p. 121). En toda la noche no pudo conciliar el sueño; y al amanecer, después de oír los tres nocturnos de los maitines del nuevo día, contempló en su fantasía la imagen de Sierva María, con la bata de reclusa y la cabellera a fuego vivo, a quien dijo con voz ardiente unos versos muy reveladores de Garcilaso: “Por vos nací, por vos tengo la vida,/ por vos he de morir y por vos muero” (p. 122). Tras intentar convencer al Obispo que cuanto les parecía demoníaco en la niña cabía atribuirlo a las costumbres de los negros, que ésta había aprendido por el abandono en que la tuvieron sus padres, Delaura volvió al convento y, cuando la guardiana le abrió la celda de Sierva María, “sintió que el corazón se le reventaba en el pecho y apenas si podía tenerse en pie” (p. 127). Por su parte, la niña había incubado en la soledad de su celda el pánico a la muerte; y su exorcista,

con un nudo en la garganta, después de concentrarse en la curación de Sierva María y recibir la pregunta de por qué lo hacía, no pudo reprimir la audacia de confesar sus sentimientos: “Porque te quiero” (p. 128).

La abadesa dirigió al Obispo un memorial de quejas y reclamos en que pedía la exoneración de la tutela de Sierva María, a cuyo contubernio con el demonio atribuía una serie de fenómenos extraños ocurridos en el convento desde su ingreso. Delaura intentó convencer al Obispo de que la niña no estaba endemoniada y de que la abadesa estaba poseída por todos los males de la intolerancia; y, aprovechando el paso del nuevo virrey, don Rodrigo de Buen Lozano, hacia la sede de Santa Fe, el Obispo decretó para Sierva María un régimen abierto dentro del convento y siguió depositando su confianza en Cayetano Delaura para hacerse cargo de la niña. Ante tales instrucciones, Delaura “corrió al convento con el corazón desmandado” y, en lugar de en su celda, halló a Sierva María posando para un pintor del séquito del virrey, aseada y vestida con el traje de su abuela según había dispuesto la virreina, una adolescente muy activa y un poco díscola; don Cayetano, al contemplar la admirable belleza de Sierva María, “cayó en éxtasis” y, desde la sombra, “le

sobró tiempo para borrar cualquier duda del corazón” (p. 145); y, terminada la sesión, la acompañó a su nueva celda, en la que —dada las dotes de persuasión de los virreyes— contaba —además de con los utensilios para la higiene cotidiana— con un colchón nuevo, sábanas de lino y almohadas de plumas. Don Cayetano, después de compartir la merienda con la niña, se dirigió a casa del marqués, de quien quería saber cómo era su hija antes de entrar en el convento para demostrar su inocencia; don Ygnacio, tras enseñarle la tiorba que Sierva solía tocar con gran virtuosismo, recomendó al sacerdote hablar con Abrenuncio, quien desde un principio había dicho que la niña estaba sana.

Entonces don Cayetano decidió hablar con el médico, a pesar de que hacerlo podía conllevar implicaciones indeseables, teniendo en cuenta los expedientes abiertos por el Santo Oficio contra él. Resolvió, pues, visitar a Abrenuncio, quien le brindó una erudita exposición sobre el origen de la rabia, sus estragos inexpugnables, la incapacidad de la medicina para remediarlos y la tendencia —dando ejemplos lamentables— desde siempre a confundirla con la posesión demoníaca, al igual que con otras formas de locura. Los tres idiomas africanos que hablaba Sierva María carecían de la carga

satánica que les atribuían en el convento, así como su fuerza física, notable pero nada sobrenatural. Delaura salió de casa del médico y a deshora entró en el convento para ver a la niña, de quien recibió “una vaharada de placer prohibido” cuando le soltó una ráfaga de escupitajos en la cara. El sacerdote se refugió en la biblioteca, donde abrió la maletita de Sierva María, oliendo cada una de sus cosas:

con un deseo ávido del cuerpo, las amó, y habló con ellas en hexámetros obscenos, hasta que no pudo más. Entonces se desnudó el torso, sacó de la gaveta del mesón de trabajo la disciplina de hierro que nunca se había atrevido a tocar, y empezó a flagelarse con un odio insaciable que no había de darle tregua hasta extirpar en sus entrañas hasta el último vestigio de Sierva María (p. 162).

El Obispo, que había estado esperándolo, lo “encontró revolcándose en un lodazal de sangre y de lágrimas” (*ibid.*); y, tras escuchar su confesión, mantuvo en secreto lo sucedido, lo destituyó de sus privilegios y lo mandó a servir como enfermero de leprosos en el hospital del Amor de Dios. Don Cayetano se sometió a las condiciones infames de su nuevo cargo, pero no renunció a seguir viendo a Sierva María, a cuyo pabellón accedió a través de un albañal “que comunicaba el convento con un solar veci-

no donde el siglo anterior estuvo el cementerio de las primeras clarisas” (p. 167). La niña despertó ante la presencia del sacerdote, a quien amenazó con gritar si no se marchaba; pero se mordió los labios y se dejó acompañar por el sacerdote durante dos horas, obsesionado por su cabellera rojiza. Volvió a recibir la visita de don Cayetano las noches siguientes, y en la cuarta sintió su cuerpo mientras le recitaba versos de Garcilaso, a quien el sacerdote presentó como el abuelo de su tatarabuela. Delaura se decidió a tomar la mano de Sierva, ponerla sobre su corazón y liberarse “la materia turbia que le impedía vivir”, confesándole “que no tenía un instante sin pensar en ella, que cuanto comía y bebía tenía el sabor de ella, que la vida era ella a toda hora y en todas partes” (p. 171): permaneció junto a ella, teniéndola enroscada en su costado, sin dormir y sin hablar hasta el canto de los gallos, cuando hubo de salir corriendo para asistir a misa de las cinco. El pánico se había apoderado de don Cayetano, que hacía las cosas de cualquier modo, mientras Sierva lo esperaba “con tal ansiedad que sola la sonrisa de él le devolvía el aliento” (p. 172). En una de esas noches, el sacerdote la besó en los labios y se atrevió a abrirle el corpiño y “se paseó por piel con la yema de los dedos, sin tocarla apenas, y vivió

por primera vez el prodigio de sentirse en otro cuerpo” (p. 173). En las noches siguientes, ambos “se agotaron a besos, declamaban llorando a lágrima viva versos de enamorados, se cantaban al oído, se revolcaban en cenagales de deseo hasta el límite de sus fuerzas: exhaustos pero vírgenes” (p. 174). Sus encuentros se convirtieron en una especie de ritual de casados, a la espera de estarlo algún día.

El Obispo resolvió llevar a cabo personalmente el procedimiento de exorcismo, acompañado por preladados del Cabildo Eclesiástico, los prebostes de tres órdenes y los principales del Santo Oficio. Las monjas prepararon a Sierva María para el acto, despojándole de sus collares, poniéndole una camisa de fuerza y cortándole la cabellera hasta la altura de la nuca. El Obispo mandó ponerla junto a él, en la poltrona de la capilla del convento, y, tras asperjar el hisopo por todo el cuerpo de la niña, empezó a gritar, invitando al demonio a abandonar el cuerpo de Sierva, quien, fuera de sí por el terror, también gritó. Para acallar la de ella, el Obispo aumentó el tono de su voz para continuar el conjuro, pero, atacado por el asma, se derrumbó, dando término así a la ceremonia. Esa noche Cayetano le quitó las correas y permaneció abrazado a ella escuchando de su boca los pormenores del acto. Al poco de haber-

se marchado su amante, se presentó en la celda de Sierva un sacerdote viejo de talla imponente, el padre Tomás de Aquino, a quien el Obispo había escogido para sustituirlo en los exorcismos por sus impedimentos de salud. El nuevo exorcista de la niña estaba avalado por una gran experiencia en casos semejantes y tenía un gran conocimiento de las costumbres de los esclavos africanos. Como primera medida le devolvió los collares que le habían arrebatado, y de esta manera se ganó la confianza de Sierva, quien reconoció en él una especie de arcángel de la salvación. A don Tomás lo hallaron al día siguiente muerto, flotando bocarriba en las aguas del aljibe de su parroquia. Nunca se esclareció muerte tan misteriosa, y la abadesa la achacó a la inquina del diablo hacia el convento. Esa misma noche —después de recibir la noticia de la muerte de Aquino— Sierva sugirió a Cayetano la huida a San Basilio del Palenque, un pueblo de esclavos fugitivos a doce leguas de allí; pero el sacerdote aún confiaba en la recuperación de la niña por parte del marqués después de la demostración de su salubridad y en la obtención de licencia de su Obispo para integrarse en la comunidad civil.

Martina Laborde, al descubrir que Cayetano pasaba las noches en el convento, se escapó a través del túnel por donde éste solía entrar en

él, pero no cerró la puerta del albañal para evitar cualquier sospecha. La patrulla de guardias armados con mosquetes exploró el lugar y lo tapió por sus dos extremos. Al considerarla cómplice de la fuga, Sierva María fue cambiada a una celda con candados en el pabellón de las enterradas vivas, mientras por la noche Delaura se rompió los nudillos intentando derribar una de las tapias, y al no poder entrar corrió demente en busca del marqués, de cuya casa salió expulsado por Dulce Olivia, después de escuchar la confesión de amor del azorado sacerdote. Abrenuncio lo visitó en el cubículo del hospital a donde había sido confinado y lo halló “destruido por las vigiliat mortales” (p. 197); Delaura le confesó todo, desde los motivos del castigo a las noches de amor; y el médico le desveló las voces que circulaban sobre su intención de abusar de la niña. Arrebatado por una fuerza extraña, don Cayetano entró en pleno día en el convento por la puerta de servicio y, cuando estaba a punto de alcanzar el antiguo pabellón de Sierva, se le interpuso en su camino una monja blandiendo un crucifijo y gritando “Vade retro”. El sacerdote fue puesto a disposición del Santo Oficio y, por una gracia especial, cumplió condena como enfermero

en el hospital del Amor de Dios, donde vivió muchos años en conubertnio con los enfermos leprosos. Mientras tanto Sierva María había esperado tres días la llegada de Delaura y, al no producirse, se declaró en huelga de hambre que agravó los indicios de la posesión. Trastornado por la conducta de Delaura y por la muerte indescribible de Aquino, el Obispo, a pesar de su precaria salud, reasumió personalmente los exorcismos; y sometió a la niña, con el cráneo rapado a navaja y la camisa de fuerza, a intensas sesiones de exorcismos. Al no comprender la desaparición de don Cayetano, la niña volvió a soñar con un campo nevado. Antes de prepararla para la sexta sesión de exorcismo, la guardiana “la encontró muerta de amor en la cama con los ojos radiantes y la piel de recién nacida” (p. 201).

La novela, en todos sus detalles, permite varias lecturas, especialmente de carácter moral y social, donde se pone de manifiesto la intransigencia de la Iglesia y su ignorancia al interpretar el comportamiento de una niña educada entre esclavos africanos como inducida por el diablo. Más allá de todas estas cuestiones la enfermedad de la rabia y la de amor presentan un tratamiento que nos obliga a reflexionar sobre la posible relación que se



establece entre ellas en la obra desde el mismo título. Para la historia de amor entre los dos protagonistas, García Márquez sin duda ha tenido en cuenta las ideas que al respecto se gestaron durante la Edad Media y que llegaron al siglo XX de la mano de Humberto Eco a través de un manual, el de Ciavolella, de mucha difusión en la década de los ochenta. Esas ideas nuestro novelista las pudo conocer a través de tales fuentes, pero también podía haberlas hallado más o menos implícitas en la leyenda sobre la marquesita que él de niño había oído contar a su abuela (p. 11).

Por lo que concierne a esta última cuestión, al margen de la fuente que haya podido usar su autor, en la novela hay dos hechos incuestionables: Sierva ha sido mordida por un perro con rabia y, a su vez, ha mordido a don Cayetano; y, en ese sentido, la agresividad de la niña puede

explicarse como síntoma de la rabia, pero también como influencia de los ambientes un tanto salvajes en los que se ha criado, mientras que la fascinación que ella ejerce sobre el sacerdote puede achacarse, aunque no únicamente, al mordisco que le da. Delaura padece la obsesión neurótica propia de cualquier enfermo de amor y, como el rabioso, sufre alucinaciones en las que contempla constantemente la imagen de la persona que le ha mordido (el primero se caracterizaba por ver a la persona amada en todas partes, pero especialmente en superficies líquidas y nítidas)<sup>5</sup>. En el cuerpo de los dos amantes, sin embargo, no hallarán más vestigios de sus pasiones que las señales que han dejado el mordisco de un perro y de una niña: en su tobillo izquierdo, en un caso, y en una de sus manos, en el otro.

5 Véase Morros 2001: 8-11 y 2002: 552-555.

## Bibliografía

- BURTON, Robert (1997). *Anatomía de la melancolía*, vol. I, con un prefacio de Jean Starobinski, traducción al castellano por Ana Sáez Hidalgo. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- CIAVOLELLA, Máximo (1976). *La 'malattia d'amore' dall' Antichità al Medioevo*. Roma: Bulzoni.
- ECO, Humberto (1983). *Il nome della rosa*. Milán: Bompiani.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1994). *Del amor y otros demonios*. Barcelona: Circulo de Lectores.
- GRANJEL, Luis S. (1989). Introducción, en Méndez de Nieto, Juan, *Discursos medicinales*, Descripción Bibliográfica de Teresa Santander y Transcripción de Gregorio del Ser Quijano y Luis E. Rodríguez-San Pedro, Universidad de Salamanca y Junta de Castilla y León, Salamanca.
- JOSET, Jacques ed. *Cien años de soledad*, por Gabriel García Márquez, Cátedra, Madrid, 2004.
- Morros, Bienvenido (1998). “La enfermedad de amor y la rabia en el primer Lope”, *Anuario Lope de Vega* IV: 209-252.
- (2001). “Concepto y simbolismo en la poesía del *Cancionero General*” XII: 234-246.
- (2001). “El *Tirant lo Blanc* y la égloga II de Garcilaso”, *Voz y letra* XII: 3-22.
- (2002). “Joanot Martorell, Sannazaro y Garcilaso”, *Analecta Malacitana* XXV: 545-569.
- RHAZIS (1486). *Liber continens in medicina*, traducción al latín por Faraj Ibn Salim, Brescia.
- VILANOVA, Arnaldo (1520). *De parte operativa*, en *Opera nuperrime revisa... Additus est etiam tractatus de philosophorum lapide intitulus*, Lyon.